

El valor de tus sueños

Ricardez Pérez, Leticia

2017-05-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3376>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Cuentos del espejo

Patrick Roumer



Ilustración: Sofía Altieri



Cuentos del espejo

Índice

El desván de las pelucas.....	5
Nadie me conoce.....	13
El monstruo del estudio.....	21



El desván de las pelucas

Mi mamá nunca me dejaba subir al desván de tío Raúl. Pero después de ver sus espectáculos en vivo, tenía mucha curiosidad de abrir esa puerta al final de la escalera. Me escabullí un día que mamá se fue al súper y giré el pomo. No salía de mi sorpresa al observar las barras llenas de vestidos, los cajones a reventar de cadenas de plumas multicolor, el tocador con maquillaje de todos los colores hasta el tope y los estantes con montones de pelucas: rizadas, lacias, gigantes, pelirrojas, rubias y hasta verdes.

Tío Raúl estaba sentado en el tocador dándole los toques finales a su maquillaje. Sus ojos se veían mucho más grandes delineados con negro; sus labios rojos contrastaban con los gigantescos aretes con cristales verdes colgados en sus orejas; su nariz se veía fina y delicada. La señora Remedios cobraba vida ante mí. Tenía puesto un brasier y unas medias con relleno. Guardé silencio mientras se levantaba, se ponía unos tacones altos y un vestido negro largo con lentejuelas brillantes.

—José, súbeme el cierre de atrás, por favor— dijo Remedios en voz alta para mi sorpresa, pues había dejado de ser tío Raúl en cuanto su voz tomó un tono más agudo y delicado.

—Sí, tío— contesté y me apresuré a subir el cierre de su vestido.

—Muchas gracias— dijo con una sonrisa. —¿Me van a acompañar al teatro más tarde?

—¡Claro que sí tío! ¿Hoy es una presentación especial?— su maquillaje y vestido eran más impresionantes de lo usual, pues tío Raúl era un travesti, un hombre que se vestía de mujer exagerada para hacer espectáculos donde cantaba, bailaba y hacía chistes a la audiencia.

Regularmente era un hombre serio y recatado, pero en el escenario, cuando se transformaba en la señora Remedios, su nombre artístico, era otra persona. Se desenvolvía con naturalidad, charlaba con todas las personas mientras se paseaba de un lado a otro. Desde muy pequeño recordaba a tío Raúl llegando a la casa muy tarde en

la noche. A veces con su vestimenta usual y otras con la de Remedios. ¡Hasta conmigo era diferente dependiendo de cómo estaba vestido! La señora Remedios me pellizcaba el cachete, me hacía chistes, se reía conmigo todo el tiempo y me llevaba de paseo a restaurantes caros o por helados. Tío Raúl no hablaba mucho, se encerraba en el desván por horas, era tosco y siempre tenía algo que hacer.

—Tu mamá te dijo muchas veces que no me molestaras cuando estoy en el desván José— dijo tranquilamente mientras me echaba una mirada reprobatoria, pero su cara cambió y sonrió. —Por esta vez lo dejaré pasar, ya sabes que no me gusta que me vean a media transformación.

—Perdón tío —dije— es que nunca había visto todas las cosas que tienes aquí ¿Qué peluca vas a usar esta vez?

—Esa de ahí— exclamó mientras señalaba una peluca negra con montones de cabello negro rizado. —Hoy se trata de impresionar José, pues es un show muy importante, vienen agentes de

talento buscando a estrellas como yo. —Sonrió y se le iluminó la cara. Era el espectáculo del que llevaba meses hablando, el día en el que le darían la oportunidad de brillar en escenarios más grandes. —Y si tengo suerte el próximo mes tendré una presentación en la ciudad de México.

¡La ciudad de México! Tío Raúl siempre quiso presentarse ahí. Siempre lo decía, “Algún día voy a ser una estrella José, entonces voy a llevarte a ti y a tu mamá a viajar por el mundo; les voy a conseguir una casa muy grande; te compraré todos los juguetes que quieras y viviremos como reyes”. Claro que sólo lo mencionaba cuando era la señora Remedios, pues tío Raúl sólo hablaba de contaduría y el precio de la gasolina.

Nunca supe quién fue mi papá, pues murió cuando tenía menos de un año. Mamá y él habían acogido a tío Raúl. Mis abuelos lo echaron de la casa porque no estaban de acuerdo con su estilo de vida, también se pelearon con mis papás cuando dejaron que viviera con nosotros. Mamá

siempre decía que, a mis nueve años, comprendía más cosas de mi tío que mis abuelos ancianos a los que nunca conocí. Siempre que hablaban con mi mamá, ella lloraba y me abrazaba muy fuerte. Mi familia era ella, mi tío Raúl y la señora Remedios. Eso lo tenía muy claro.

—¿Qué te parece?— preguntó la señora Remedios cuando se puso la peluca.

—Te ves muy bonita, vas a deslumbrar a todos, tío Raúl— le dije. Sonrió y me pellizcó el cachete. Se paseó por el cuarto moviendo la falda del vestido con una mano mientras agarraba una botella de agua con la otra, como si fuera un micrófono tarareando la canción que iba a cantar esa noche.

—¿Todos listos?— preguntó mi mamá mientras se abrochaba el cinturón y arrancaba el carro. Yo volteeé a ver a tío Raúl, quien ya se había quitado la peluca y llevaba un vestido más sencillo en el asiento trasero del carro. Asentimos los dos al mismo tiempo que mamá pisaba el acelerador rumbo al estrellato.



Nadie me
conoce

Marifer ya estaba harta de la gente que la señalaba y se burlaba de ella. Ya estaba cansada de amenazar con el puño a todos los que decían que parecía más niño que niña. Marifer la macha; Marifer la gorda; Marifer, la brazos de jamón o Machifer eran los insultos usuales. En el recreo nadie se sentaba con ella, pues todos tenían miedo de que los golpeará con sus brazos gigantescos y peludos. “Oye Marifer, estás fea y nadie te va a querer nunca” le gritaban las niñas bonitas de quinto y salían corriendo. Marifer sólo las volteaba a ver con mala cara. “Corran nos va a golpear” decían. “Ojalá las pudiera golpear”, pensaba ella. Sólo una vez había golpeado a un niño cuando a este se le ocurrió decir que Marifer estaba gorda porque sus papás eran unos cerdos. Le había roto el brazo, lo que provocó que llamaran a sus papás a la dirección y ellos apenados, la obligaron a disculparse. Desde ese momento se ganó el odio de todos sus compañeros del curso, un odio que

se extendió por toda la escuela. Le mandaban dibujos de cerditos, la señalaban en los pasillos; hasta la prefecta se burlaba de ella. ¡Y nadie le creía! Marifer habló con sus papás, con los maestros, con la directora, pero nadie creía que tanta molestia fuera posible. Sus papás decían que era una niña fuerte y que todos la dejarían de molestar cuando la conocieran. Pero no querían conocer a Marifer, solo burlarse de ella o hacerla enojar.

Un día, la maestra anunció que se abriría un equipo de fútbol para niñas. Marifer siempre fue fanática de este deporte y se inscribió como portera. Su mamá le compró ropa deportiva, unos guantes y el lunes empezaron los entrenamientos. Tuvo que soportar las burlas de sus compañeras que llamaban a sus piernas “las cosas más horribles que habían visto en su vida” y la ignoraban. Marifer no las escuchó, completó todas las exigencias que hacía el entrenador; corrió, pasó la pelota, la rebotó en su

cabeza, en fin, hizo todo el entrenamiento al igual que todas.

Cuando practicaron penales, todas la provocaban con burlas y comentarios, pero nadie aplaudió ni dijo nada cuando Marifer los paró todos. Las niñas se habían quedado mudas. Y ella, satisfecha con su trabajo, se fue a casa, contenta. Al día siguiente las burlas usuales siguieron, pero la mayoría de la gente susurraba cuando pasaba a un lado de ella y alcanzó a oír frases como: “paró todos los penales” y “es una súper portera”. Los entrenamientos siguieron duros y complicados, Marifer no faltaba a uno sólo y poco a poco se daba cuenta de que las burlas iban haciéndose menos. Lo que más la motivaba a seguir eran las pequeñas muestras de compañerismo que le empezaban a mostrar las otras niñas. En las prácticas ya nadie se burlaba de ella. El día en el que realmente todo cambió fue el primer partido de la temporada. No dejó que se colara ni una pelota en la por-

tería y cuando paró el último gol a segundos de terminar el partido, todos los alumnos de la escuela estallaron en gritos de felicidad de todos sus compañeros. “Marifer eres grande”, “Marifer la mejor portera”, “Marifer te queremos” fue lo único que escuchaba y ella se encontraba en las nubes.

La actitud de todo el mundo cambió por completo todos la saludaban en los pasillos, la invitaban a su casa y por primera vez en la vida tenía amigos gracias a su victoria en la cancha.



El monstruo del estudio

Los golpes y los aullidos que se escuchaban en la noche te tenían despierto hasta el amanecer. No era únicamente la molestia de perder horas de sueño e irte cansado a la escuela, sino las apariciones en la mañana. Tu mamá no salía del cuarto para hacer de desayunar y tenías que atender a tus hermanas, prepararles unos huevos con jamón o unos panes con mantequilla y mermelada. Papá no estaba ya a esta hora para ser honesto, sólo lo veías un rato cuando llegabas de la escuela, cuando salía de su estudio para saludar, comer y luego se encerraba. Nadie tocaba su puerta, nadie se preguntaba por los ruidos de botellas rotas y los gritos que salían de ahí. Porque era papá y todo lo que hacía era por el bien de todos. Aun así te daban curiosidad los ruidos dentro de tu casa en la noche y los suyos dentro del estudio, pues estabas convencido de que había un monstruo dentro del hogar.

Tus hermanas raramente hablaban y la sola mención de papá las ponía en alerta. Intentaste preguntarles acerca de los ruidos de la noche, pues eras demasiado cobarde como para salir de tu cuarto y comprobarlos. Pero ninguna sabía nada y hasta negaban el haber escuchado algo. Solías comer junto con todos en silencio, pues papá no permitía ruidos en el comedor y nadie se atrevía a decir nada. Cuando él no estaba, todo era risas y bromas solo silenciadas por los ruidos provenientes del estudio. Mamá cojeaba mientras te servía la carne, eso te preocupaba pues te preguntabas por que de vez en cuando tenía ese problema.

Te armaste de valor una tarde y le preguntaste “Mamá, ¿Por qué cojeas?” Ella te volteó a ver, horrorizada. “No es nada hijo, antier me encontré con el monstruo”. ¡El monstruo! Tus sospechas se confirmaron en ese momento, ¡Había un monstruo en la casa! Era tu deber

hacer algo, aunque te diera mucho miedo, pero papá sabría qué hacer y hasta podría ayudarte a vencerlo. En la noche reuniste todas tus fuerzas y te acercaste a su estudio. Tocaste la puerta dos veces y diste un paso atrás. Escuchaste un gruñido, seguido de unos pasos apresurados y la puerta se abrió. Ante ti se encontraba papá con los ojos rojos, la mirada perdida y la camisa desfajada.

—¿Qué quieres?— te preguntó, su voz sonaba distorsionada —No me gusta que me molesten Fernando, estoy muy ocupado—.

—Papá, necesito que me ayudes a atrapar al monstruo que se encontró mamá— las palabras salieron de tu boca apresuradamente, él te empezó a hablar y calló, te miró extrañado y se acercó a ti.

—¿Monstruo? ¿Qué monstruo? ¿Qué te dijo tu mamá?— Su aliento olía a alcohol, como el que usaban para curar las cortadas — Aquí no hay ningún monstruo—.

—Sí papá, es que hoy le pregunté a mamá por que cojea, y me dijo que se encontró con el monstruo— dijiste, ya no soportabas el olor que salía de papá.

—¿Ah sí? ¿Seguro que eso dijo mamá?— ahora su rostro se mostraba burlón.

—Si papá, y en la noche se escuchan ruidos y golpes, estoy seguro de que hay algo en la casa. Hay que hablarle a la policía o algo...— en el momento en que dijiste policía la mirada de papá cambió, te sujetó del cuello de la playera.



—No le vamos a hablar a nadie Fernando, te vas a ir derecho a tu cuarto y te vas a dormir, mañana voy a buscar al tal monstruo. Donde yo te cache preguntando o hablándole a la policía, vas a ver— te soltó y cerró la puerta, lo escuchaste reír mientras te ibas a tu cuarto. La noche estuvo tranquila y no escuchaste nada, tal vez papá se había encargado del monstruo de una vez por todas.

En la mañana mamá salió del cuarto a hacer de desayunar, ya no cojeaba y hasta se veía contenta. Te fuiste a la escuela con una sonrisa en la cara y cuando regresaste te pusiste a hacer la tarea, todo parecía mejor. Te saliste de bañar y escuchaste la puerta de la entrada, “Papá regresó más tarde de lo normal” pensaste mientras te ponías tu pijama, listo para dormir. De pronto escuchaste gritos y el crujir de una puerta. Estabas muerto de miedo, pero saliste de tu cuarto y te acercaste a la alcoba de papá y mamá, los gritos de ella se mezclaban con los golpes, la puerta estaba abierta y veías una sombra sobre mamá, atacándola salvajemente.

Corriste hacia el estudio de papá y golpeaste la puerta una y otra vez.

—¡Papá, el monstruo está atacando a mamá! Tenemos que salvarla— escuchabas los ruidos de la televisión, pero nadie abría la puerta —¡Papá! ¡Hay que ayudar a mamá!—

dijiste una y otra vez, pero papá no aparecía, abriste la puerta y no había nadie dentro del estudio. Oíste los gritos de tus hermanas ¡El monstruo las estaba atacando a ellas! Corriste a su cuarto y lo viste. Papá levantaba su mano para abofetear a una de ellas, porque no había ningún monstruo en la casa; papá había regresado más borracho de lo normal y hacía lo que tu memoria decidió olvidar.



Los *Cuentos del espejo* son una compilación para niños que da a conocer temáticas que usualmente no se comparten con ellos. Su propósito es el de crear un reconocimiento por parte de los niños a estos temas que forman parte de su entorno para que se identifiquen o se vuelvan más tolerantes hacia ellos. El autor realizó una investigación previa a la escritura de los textos y se dio cuenta de los clichés o estereotipos que se encuentran en el cuento mexicano, por eso su fin es el de traer estas temáticas a una nueva generación de lectores.